

# I CERTAMEN

2.º Premio • Año 2000

La improbable historia  
del  
hombre que entabló  
amistad con el destino

Miguel Ángel Llamas Jiménez

No es justo. Repetía una y otra vez. No lo es y lo sabes. ¿Por qué lo sigues haciendo, dime por qué? Se quejaba amargamente. Creí que eras amigo mío, de veras que lo creía. Me has traicionado y eso no se le hace a un amigo. Él le escuchaba, compungido por el dolor, renegando de lo que era y dijo: Lo siento, pero ni siquiera yo puedo luchar contra mí.

Leopoldo fue un hombre desgraciado desde su más tierna infancia, que de tierna tuvo poco, por no decir nada. Nació con problemas de corazón. Eso le llevó a pasar toda su vida entre análisis, pruebas y sustos. Su padre, campeón de barra libre durante ocho años consecutivos, dijo al levantar la que fue su última copa, sólo unas horas antes de sufrir un desafortunado accidente de coche que acabó con su vida y con la vida de los tres ocupantes del otro coche, un matrimonio joven que se acercaba a la treintena inmensamente felices y su pequeño hijo recién nacido: "Brindo por mi hijo Leopoldo, que por fin se va de casa, el muy hijo de la gran puta. Treinta y dos años, nada más y nada menos". Se lo decía a su amigo y compañero de trabajo, Benito. Tan borracho como él y que tuvo la inmensa fortuna aquel día de quedarse una hora más en el bar, en vez de regresar a casa en el coche de su amigo, el padre de Leopoldo, como hacía cada día. ¿Qué le llevó a tomar esa decisión que salvó su vida aquella noche? Lo normal, lo habitual, es que Benito ocupase el lugar del copiloto dentro del coche, pero esa noche no. Esa noche vio en el bar a su amigo Ambrosio, al que no veía desde hace unos diez años y decidió quedarse un tiempo con él y Ambrosio le

llevaría a casa en su flamante Ford recién adquirido. Pero la decisión no la tomó él, claro que no. La decisión la tomó el Destino. Sí, así es. El Destino le tenía preparado al honrado, bebedor y trabajador Benito una terrible enfermedad, exactamente un cáncer de huesos que acabaría con su vida sólo cuatro años después. Entre sus últimas palabras se encuentran "Ya no puedo más con este dolor", "Déjeme morir, pero que se acabe esto, por Dios", "Maldito hijo de puta... este dolor". Su mujer decía que no podía ver a su marido sufrir de aquella manera, que ella preferiría para él una muerte más rápida, una muerte sin dolor. Como todos, ¿o no? ¿No queremos todos una muerte rápida y sin dolor? Exactamente la muerte que tuvo el padre de Leopoldo y los tres ocupantes del otro coche. Ninguno sintió dolor o eso suponemos. ¿Quién sabe? Así que Leopoldo perdió a su ¿querido? padre a los treinta y dos años de edad, justo el día en que se independizaba y se mudaba de casa. Leopoldo recordaba la llamada de aviso del fallecimiento de su padre, como un momento en el que no sintió tristeza, ni pena, ni dolor. Ni siquiera se explicaba porque en ese preciso momento recordó todo el daño que su padre le había causado y eso fue precisamente lo que impidió que no derramara ni una sola lágrima por su padre. Ni una sola.

A su madre tampoco le reservaba una gran simpatía. Ella dotada con un impresionante don, digno de figurar en el Libro Guinness de los Records (de hecho figura), para la crítica, la recriminación y todo lo que fuese reprochar la actitud, el comportamiento, la forma de vestir, el comer, etc., tanto de Leopoldo como de toda persona

que se le cruzara por la calle. Según dijo ella en una ocasión, tras unas palabras recriminatorias de Leopoldo: "¿Y qué coño quieres que haga, si he nacido siendo de esta forma?" La madre se amparaba en esa excusa, utilizada por muchos, para no cambiar, para no pedir perdón y otras tantas cosas. La madre de Leopoldo murió dos años después que su marido tras ser atropellada por el autobús del que se acababa de bajar, debido a que no hizo caso a la norma de que, una vez que bajes del autobús, si quieres cruzar la calle hazlo por la parte de atrás. Fue una muerte rápida pero con algo de dolor. Pero fue una muerte, sobre todo, como dijeron los vecinos, tonta, estúpida.

Pero volvamos a la tierna infancia de Leopoldo. El pobre Leo fue uno de esos niños muy dado a caerse, chocarse, pillarse los dedos, mancharse y todas esas cosas que te ocurren de pequeño y a las que sigue una buena tunda de palos por parte del padre o de la madre, depende del que se encuentre a tu lado y que mientras te golpean te dicen gritando en medio de la calle: "Toma, toma y toma, por caerte, niño, que eres tonto. No te he dicho...". Pobre infancia la de Leopoldo y la de tantos otros niños.

Y pasaron esos años y Leopoldo fue un alumno ejemplar de la E.G.B.

Qué excelentes eran sus notas. Qué besos le daba la madre. Qué maravillosas y alentadoras las palabras de su padre: "Bueno, bien, pero el niño lo que tiene que hacer es buscar un trabajo y a trabajar, cojones, que yo a su edad me iba todos los días...".

Pero eso no le dio la felicidad al desgraciado Leopoldo. No, por supuesto que no. ¿Cómo te va a dar la felicidad unas excelentes notas, si eres elegido por cinco años consecutivos el niño más insoportable del colegio, tanto por profesores como por compañeros? ¿Cómo se puede ser feliz si Leopoldo era un negado para los deportes y no le dejaban jugar a nada? Pero sobre todo, ¿como puede una persona encontrar la felicidad en unas notas cuando la chica que Leopoldo amaba desde que la vio en párvulos, Marina, le consideraba un retrasado mental, un estúpido, idiota, feo, antipático y otros insultos más fuertes que no reproduzco aquí por si esto lo lee algún menor? Es imposible ser feliz. Totalmente imposible "Qué maravillosa es Marina". Pensaba Leopoldo mientras se imaginaba a Marina y a él años después felizmente casados, con una parejita de niños guapísimos iguales a la madre, con un trabajo estable y bien remunerado y con ella cuidando y educando a sus hijos (como deducirán por aquellos años todavía no se había producido el cambio mental que aún se está produciendo, en el que tanto hombres como mujeres pueden trabajar, reinando la ¿igualdad?).

Y llegó el instituto e intentó olvidar a Marina. Y tuvo la inmensa suerte de conseguirlo. La inmensa suerte de encontrar a Lucía "Qué maravillosa es mi vida ahora", pensaba con asiduidad un enamorado Leopoldo mientras Lucía le masturbaba.

Lo suyo fue un amor a primera vista. Leopoldo no podía creerse que una chica tan guapa como Lucía se hubiese fijado en él y se lo preguntaba siempre a Lucía hasta que un día ella le dijo: "Como vuelvas a preguntár-

melo dejo de chupártela". Y Leopoldo vio que la mejor opción era no preguntárselo más. Fueron dos extraordinarios años los que pasó con Lucía, pero la relación tuvo que acabar. Como todo en esta vida. Ambos se dieron cuenta que lo único que mantenía y había mantenido esa relación era el sexo, las ganas que los dos tenían de disfrutar de los placeres de la carne. A Leopoldo no le pareció razón de peso para terminar con la relación, pero a Lucía sí se lo pareció, sobre todo por que se había enamorado de un chico de otro instituto mucho más guapo, alto, con la polla más grande y sociable que Leo. ¡Una verdadera pena!

Deberías haber visto a Leopoldo durante aquellos dos años. Qué felicidad. Envidia me daba. No le importaban las críticas de su madre, a la que incluso dijo que quería en una ocasión. Y he oído que algunos dicen que llegó a acompañar a su padre al fútbol y que en varias ocasiones le comentó que se lo pasaba bien con él. Cuentan, aunque esto yo no me lo creo, que al padre se le saltaron las lágrimas al escucharlo.

Tremenda felicidad la que proporciona ser querido por alguien a quien quieres. Pero la felicidad, como la tristeza, no es eterna. Leopoldo entró en una fase melancólica y triste que le llevaba a recordar cada uno de los momentos vividos con Lucía. Ese precioso e intenso momento en uno de los servicios del colegio donde Leopoldo perdió su virginidad (Lucía la había perdido a manos de su hermano, tres años mayor que ella, a los trece años de edad), los momentos de total confianza del uno con el otro, de apoyo, de una felicidad global, intocable.

¡Qué tres años siguientes tan terribles vivió Leopoldo en el instituto! ¡Cuanto se maldecía a si mismo y a su suerte! Por supuesto que no dejó de sacar buenas notas, pero eso volvía a ser totalmente insuficiente en comparación con las burlas de sus compañeros debido a los kilos de más que amasó (veintidós kilos de más, exactamente), su recién adquirida tartamudez, un pelo que se empezaba a caer a gran velocidad y en tan temprana edad y que sin embargo le crecía por todo el cuerpo, y, según me contó el mismísimo Leopoldo, su pene se redució en cuatro centímetros. "Esto es una gran putada detrás de otra", gritaba asiduamente Leopoldo en los peores momentos, aquellos en los que estaba a un paso de quitarse la vida y en los que se reconocía un cobarde incapaz de hacerlo. Pero Leopoldo no era un cobarde en realidad, simplemente tenía la esperanza de que la cosa cambiara, mejorara. El creía que podía suceder. "¿Por qué no? se decía para reconfortarse. "Todo no puede salir mal, de eso estoy seguro y la cosa no puede ir a peor". Pero fue a peor.

Tras terminar el infierno que fue para él el instituto decidió no ir a la universidad y buscar trabajo. Su padre tuvo mucho que ver en la decisión. Leopoldo creía que con sus notas encontrar un trabajo no sería nada difícil, al menos no tan complicado como decían. Algo más de dos años tardó en encontrar un trabajo. Contable en una pequeñísima empresa. "Me metí en el mismo puto infierno que fueron el colegio y el instituto" dijo Leopoldo a un amigo que conoció hace poco y que respondía al nombre de Tino. Unas diez horas diarias se pasaba Leo entre papeleo, cuentas y "demás mierdas". Y se dio cuenta de

dos cosas: a) que no tenía absolutamente a nadie, salvo a sus padres y b) que su vida no era merecedora de ser vivida. Y de esa manera llegó a los treinta y cuatro años, pero ahora no tenía ni siquiera a sus padre. "Mierda vida, puta vida, que asco de vida, me cago en mi vida".

Y Leopoldo, como hombre enamorado que era, se volvió a equivocar, perdón, a enamorar. ¿De quién esta vez? ¿Qué importa? Mucho. Bueno, pues os lo diré. De la secretaria de la pequeña empresa. Nada más y nada menos. Simpática, buena gente, guapa, agradable, divertida, conversadora, amante de los animales, tolerante. Maravillosa en una palabra. Pero que pesado lastre soportaba Leopoldo. Tan pesado que no fue capaz de decirle absolutamente nada de lo que él sentía por ella. De esas ganas inmensas de abrazarla y no soltarla nunca hasta el mismo día de su muerte. Y es que su calva, su cada día más prominente barriga, su cuerpo peludo, su pene minúsculo, su tartamudez y otras pequeñas cosas le hacían imposible la misión. Se convirtió en un cobarde total en ese (importantísimo) aspecto de la vida. Una pena. Una verdadera pena, porque mis oídos han escuchado que la secretaria, Patricia se llama, sentía un nesequé hacia Leopoldo y deseaba cada mañana que él decidiera a dar el primer paso para que ambos se unieran. "Me daba igual su calva, que su cuerpo estuviese lleno de pelo, su tartamudez, todo, porque lo quería. Estoy segura que conmigo a su lado hubiese perdido esos kilos enseguida. ¿Miraste sus ojos alguna vez? Retransmitían bondad, cariño, ganas de dar su amor a alguien que quisiera darle su amor". Me dijo ella sólo hace unos días. Pero todo cambió. La esperanza que tenía Leopoldo de

un cambio que de golpe y porrazo mejorase su vida, se hizo realidad.

Preciosa palabra es esperanza. Era un once de mayo. Leopoldo ocupaba uno de los asientos del cine más cercano a su casa. La sala oscura le parecía el mejor lugar donde esconderse y olvidarse de sus problemas. Siempre iba a los pases a los cuales menos público acudía. Pases matinales o muy tempraneros o a películas de poca o nula comercialidad. Aquel día vio una película sobre un chico que tenía tijeras en lugar de manos. Una preciosa historia con la que Leopoldo se sintió completamente identificado, hasta el punto de pasarse la totalidad de los títulos de crédito finales llorando desconsoladamente, pensando en él, en Marina, en Lucía, en Patricia, en sus padres y en sus compañeros de colegio, instituto y trabajo. Pensaba en todo lo que le rodeaba y le había rodeado en todos esos años. El poco público que había en la sala ya se había marchado y Leopoldo se creía en soledad. Pero no lo estaba. A cuatro o cinco asientos a su izquierda, en la misma fila, se encontraba otro hombre. Debía tener cuarenta y tantos, muy bien llevados. Guardaba una perfecta figura, casi parecía un deportista profesional, tenía abundante pelo negro en su cabeza y vestía con un elegante y a la vez cómodo, traje de chaqueta. Leopoldo lo miró atentamente, todavía con los ojos llenos de lágrimas. El hombre miraba a la pantalla como si estuviera en trance, y dos lágrimas recorrían sus mejillas. Leopoldo seguía mirándolo como si estuviese viendo un fantasma. Las luces de la sala se encendieron por completo y el hombre se secó las lágrimas, sonrió y luego miró a Leopoldo, que no apartó la vista.

Lo mejor que he visto en años. Dijo el hombre, todavía con la sonrisa en boca, a Leopoldo, que dándose cuenta de la extraña manera en que miraba a aquel señor y secándose las lágrimas que llenaban su rostro, asintió. El hombre se acercó a Leopoldo andando lenta y elegantemente. Tiene estilo, pensó Leopoldo, todo el que a mí me falta.

Veo que la película le ha tocado la fibra sensible, dijo el hombre con la mejor de sus sonrisas mientras sacaba un paquete de clínex de uno de los bolsillos de su chaqueta y le pasaba una unidad a Leo, que volvió a asentir. Hacía muchísimos años que no veía a alguien llorar en un cine. Leopoldo se sintió avergonzado y el hombre lo notó. No, hombre, no se avergüenze. En estos tiempos que corren, en los que llorar es casi un pecado. En los que nadie muestra sus verdaderos sentimientos de amor hacia los demás, es un placer y un privilegio asistir a este precioso momento. Yo también he derramado alguna que otra lagrimita, como has podido ver. Leopoldo empezó a sentirse a gusto con aquel hombre. Hacía largo tiempo que eso no le pasaba. Conocer a alguien con el que crees que vas a conectar seguro. Y aquel hombre sintió la misma sensación. Salieron del cine, y por expreso deseo de aquel caballero que se acababa de cruzar por la vida de Leopoldo, fueron a un café cercano. Qué noche pasaron los dos. No recuerdo haber visto a dos tipos reír tanto en tan poco tiempo. La timidez con la que Leopoldo empezó la noche en el café fue dando paso a una total confianza, esa que sólo tienen dos amigos tras años de alegrías y sufrimientos compartidos. Tino, que así se hacía llamar aquel hombre dijo a

Leopoldo que "que era el tipo más divertido y gracioso que había conocido nunca". Y Leopoldo pensó en lo de años que llevaba sin escuchar a alguien decir algo bueno de él. Estuvo a punto de llorar, pero un buen chiste de Tino, le hizo romper en una carcajada. Leopoldo le contó una anécdota y Tino tuvo que levantarse e ir al servicio para no hacérselo allí mismo. ¡Qué noche, Dios! Leopoldo volvió a sentir esa maravillosa sensación que es quedarse dormido con una sonrisa en la boca. Al día siguiente, jueves, echó, como de costumbre, una lotería primitiva, con la esperanza de que le tocara y el dinero lo hiciese feliz para siempre. Los días de nacimiento de él, la madre, el padre, Marina, Lucía y de su escritor predilecto eran los números tachados. Por la noche volvió a ver a Tino. Se reunieron en un bar para ver un partido de fútbol de la Selección. Tino dijo, antes de comenzar: "Esto lo perdemos. 2-1". Pero Leo estaba seguro de la victoria. 2-1, perdieron el partido los jugadores del combinado nacional. Mala suerte. Leo se despidió de Tino algo triste. Él dijo: "Detrás de una gran decepción viene una satisfacción", Pero Leo no estaba tan seguro. Llegó a su oscura y solitaria casa y encendió la televisión. En el informativo daban los números de la primitiva. Los apuntó en un papel de propaganda que había recogido del buzón y no necesitó ver el resguardo. Se conocía los seis números de memoria, siempre apostaba a los mismos. El premio: 500 millones de pesetas. La vida económicamente resuelta. ¡Qué tremenda felicidad le embargó! ¡Y qué pronto desapareció! No tenía a nadie con quién compartirlo. Ni familia ni amigos. Bueno, Tino. "Se lo contaré mañana". Y Leopoldo se acostó esa noche sin feste-

jar la buena nueva.

Tras salir del trabajo, Leopoldo se reunió con Tino en un restaurante "de lujo". Creo que tienes que darme una buena y millonaria noticia, fueron las palabras con las que Tino inició la conversación. Leopoldo lo miró pensando "¿cómo lo sabe?". Leo no sabía que Tino estaba dispuesto, aquel día, a contarle toda la verdad sobre él. Tras la succulenta comida, Tino miró muy sinceramente a Leo, este dejó de reírse tras unas cuantas bromas acerca de la repentina seriedad de él. Soy el Destino, Leo. ¿Qué? Se lo repitió. Tú lo que eres es un cachondo. Créeme. Leo. Te creo, pero deja de beber, por favor. Leo seguía riéndose ruidosamente y llamando la atención de los allí presentes que cuchicheaban sobre la poca educación "del gordo de aquella mesa". Y Tino se vió obligado a utilizar la táctica que había utilizado durante miles y miles de años para hacer creer a las personas con las que había decidido mantener una relación, digamos más íntima, que él era el mismísimo Destino en persona. Describirle cada uno de los hechos importantes por los que Leopoldo había pasado durante su vida y que Tino, eso pensaba Leopoldo, no podía conocer. Pensamientos tan profundos como íntimos que habían pasado por su cabeza, él los conocía. Tanto los de él como los de su padres y amigos. Lo sabía absolutamente todo de todos. Tras escucharles, Leopoldo se bebió dos copas seguidas del mejor champagne francés para luego decir: No tenía ni idea de que fueséis algo físico, real, tangible. Tino recuperó su sonrisa. Pues ya ves que sí. Está la Felicidad, que es una mujer guapísima... y la Tristeza, que es una locaza, todo el día de juerga y con bromas. Leopoldo le

miraba incrédulo, pero le creía totalmente. Esto de la lotería es cosa tuya, ¿no? Tino lo miró con su encantadora sonrisa y asintió. Te lo mereces. Eres un tipo estu-pendo, Leo.

A partir de aquí la vida de Leopoldo fue lo más parecido al paraíso que se puede encontrar en la Tierra. La amistad con el Destino siguió de forma sincera. Leo no le pedía nada, se conformaba "con tener un amigo tan fabuloso como eres tú". Así que el Destino le premiaba con todo lo que deseaba. Leopoldo se fue convirtiéndose, poco a poco, en un hombre dotado de un inmenso atractivo, incluso el pelo le volvió a crecer. Entabló amistad con casi todo el mundo. Todos querían ser amigo de aquel tipo gracioso, simpático y de vitalidad desbordante. Dejó el trabajo ya que, cada dos semanas ("para no ser demasiado avaricioso") acertaba una quiniela o una primitiva o le tocaba un cupón. El Destino hizo que por su vida volviera a cruzarse Marina, su primer amor. Pero esta vez Marina se enamoró locamente de Leopoldo e hizo realidad aquel sueño que tenía con Marina y él felizmente casados, pero en vez de dos hijos, tuvieron siete, y en lugar de una pequeña y cómoda casa, vivían en una inmensa mansión situada en el mejor sitio de la ciudad. ¡Qué inmensa felicidad! ¡Qué lejanos se veían aquellos tiempos tristes! Más aún cuando Leopoldo tuvo la fortuna de publicar su primer libro, titulado: "La feliz vida del hombre triste", que se convirtió rápidamente en un éxito de ventas inigualable. Respiraba tanta felicidad que decidió que otros también pudiesen compartir con él. Dinero y más dinero fueron a parar a diversas O.N.G. Cada día que pasaba Leopoldo

se sentía más a gusto con su vida. No tenía nada de lo que quejarse. Absolutamente nada. Era tan ajeno al dolor que sentía el Destino. No podía imaginar lo que sentía el Destino por él.

El Gran Jefe le dijo un día al Destino: ¿Pero qué te pasa con ese Leopoldo? Al que das más de lo que merece. Que estoy enamorado de él, señor. Eso es lo que me pasa. El Gran Jefe al conocer la causa de la tristeza de su colega dijo: Pero sabes que no puedes hacer nada. Lo se, señor, lo se y sabes cuánto me duele. El Gran Jefe lo miró compadeciéndose del dolor que el Destino mostraba y que Él no podía hacer desaparecer y le dio la noticia. ¡Qué noticia tan mala para el Destino fue!

La fiesta del 44 cumpleaños de Leopoldo tuvo un inicio estupendo. Con todos los amigos y familiares escuchándole, Leo dedicó unas palabras de cariño a su esposa, hijos y colegas. Hasta que miró al fondo de la sala. Allí se encontraba el Destino, interminablemente triste, pero al ver que Leopoldo lo miraba forzó una sonrisa. Leopoldo le dedicó un discurso precioso que terminó con estas palabras "...ese es el hombre que más feliz me ha hecho". Los presentes aplaudieron a rabiar a ambos y el Destino no pudo evitar unas cuantas lágrimas.

La fiesta continuó y Leopoldo y Tino se vieron en una habitación a solas, por expreso deseo de Tino. Vas a morir, Leo. ¿Qué? ¿Cuándo? ¿Cómo? Pronto, no puedo decirte más, incluso diciéndote esto estoy metiendo la pata. Leo no le quería creer. Se quejaba de su suerte, maldecía y empezó a llorar de rabia. "¿Por qué?", le preguntaba, recibiendo como respuesta: "Es ley de vida,

Leo". Pero, ¿por qué ahora? Ahora que he encontrado la felicidad. No se puede ser más feliz. Tino. Lo siento de verdad, amigo. Es ley de vida, repitió. Nacer, reír, llorar, morir. No puedo hacer nada contra eso. Leopoldo daba vueltas y vueltas por la habitación. Se sentía traicionado. ¿Para qué me has dado todo eso si ahora me lo quitas, así, de repente? ¿Para qué cojones me has hecho feliz? Dime, joder. ¿Por qué no me mataste cuando yo quería morir? ¿Por qué ahora? ¿Por qué cuando he encontrado las ganas de levantarme cada mañana? Eres un cabrón. Vete de aquí y no vuelvas.

El Destino se marchó tras una última mirada a Leopoldo. Una mirada que le pedía perdón. Sintió las lágrimas recorrerle su rostro. Sintió el dolor del amor no correspondido. Sintió ese profundo dolor que siente el enamorado cuando la persona a la que se ama te hace daño. Sintió lo que Leopoldo había sentido durante toda su vida antes de conocerle a él. Pero lo que más sintió es no poder hacer nada para arreglarlo. Absolutamente nada.

Antes de la muerte de Leopoldo pasó un mes. Leo sintió durante ese mes más apego por la vida del que había sentido nunca. Y el Destino entró en una profunda crisis. Quería dejar de ser quien era, pero eso era totalmente imposible.

Leopoldo conducía su coche tranquilamente por la carretera. Pero otro vehículo no venía tan tranquilo. Nada pudo hacer Leo para evitar la colisión de los dos coches. El Destino se personó allí para que Leopoldo no muriese sin ver a alguien conocido a su lado. Le agarra-

ba de la mano con fuerza y le acariciaba mientras le introducían en la ambulancia.

Los enfermos dijeron tras la muerte de Leopoldo que mientras lo llevaban en la ambulancia miraba hacia un punto en el que no había nadie y repetía una y otra vez:

No es justo...

FIN